

supone, en último término, que las cosas debieran haber sido de otro modo, que nos prometieron otra cosa. Esta es una de las ilusiones que Benn trata de disipar, y a ello se encamina su aparente crueldad, en ocasiones: ese poema de «Morgue» titulado «Bella juventud», en el que la autopsia de una joven ahogada, que lleva varios días en el fondo del río, descubre un nido de ratoncillos recién nacidos que se alimentan de sus entrañas y pasan su «linda juventud» en el interior del cadáver, idílica situación con la que acababan los médicos, arrojándolos en un saco al río. No se trata de una simple acumulación de horrores, sino de levantar fríamente acta de las exigencias biológicas, de sus deficiencias, de su inevitable final: «La vida dura veinticuatro horas y a lo sumo fue una congestión».

Esta visión nihilista marcó el aislamiento de Benn, su soledad intelectual, su alejamiento de los círculos literarios. Se refugió en la otra cara de su doble vida, su profesión de médico, en la que destacó notablemente. En el advenimiento del nazismo, tras alguna vacilación, decidió quedarse en Alemania y colaborar con el nuevo régimen, lo que le hizo perder todas sus amistades entre la juventud literaria exiliada sin ganar la confianza de los nuevos gobernantes, que acabaron expulsándole de la Asociación de Escritores y retirándole el derecho a publicar. Este episodio enturbió su prestigio y acentuó su aislamiento; tras un silencio de varios años publicó «Doble vida», que junto con otros escritos autobiográficos se publican ahora en España (1), texto en el que explica su toma de postura en el momento del conflicto.

Benn distingue entre «representante del arte» y «representante de la cultura»; éste se ocupa de lo productivo, de lo progresivo, del aumento de recepción, de lo histórico; aquél «es estáticamente asocial, sólo vive con su material in-

terior, está completamente desinteresado de la difusión del efecto de superficie». Benn se encuadra abiertamente en este último grupo; su subjetividad, ávida de profundizar cada vivencia hasta el límite, de afirmar y borrar juntamente la frontera imposible del yo, choca con la exigencia de toma de postura política inmediata, que presupone una comprensión satisfactoria de lo histórico; el arte es lo que se afirma, en el tiempo, contra el tiempo; tiene una validez que se legitima sin ceñirse al presente. Para Benn, «el estilo se muestra superior a la verdad, lleva en sí la demostración de la existencia. La forma: en ella está la lejanía, en ella se halla la duración». El acontecer social se le presenta con rasgos biológicos, incluso soterradamente geológicos; de Nietzsche recoge Benn su «fidelidad al sentido de la tierra», pero su origen campesino le hace referir la tierra a ese terruño nativo, cuyas oscuras virtudes nutricias y maternales manejó la propaganda nazi. Opuesto al ideal de progreso robótico, que también alarmó, con sobrada razón, a Heidegger, creyó encontrar, igual que éste, en la jerga fascista de retorno a lo primigenio un vislumbre de la recuperación de algo valioso y perdido; la estupidéz de la ideología hitleriana no se le ocultó en ningún caso, pero minusvaloró la crueldad de sus consecuencias. El tropiezo del solitario con la Historia (por solitario entiendo todo aquel que renuncia a cualquier sucedáneo a la hora de enfrentar el conflicto de su vida y su muerte) tiene una estatura dramática y un alcance imprevisible. No preocuparon a Benn las condenas o absoluciones de quienes siempre llegan al día siguiente de la Historia y sólo pueden utilizar provechosamente su lengua en humedecer etiquetas escritas por ellos mismos.

No puede decirse que «Doble vida» esté traducido al castellano, sino más bien a un dialecto de éste, más incorrecto y menos legible. ■ FERNANDO SAVATER.

De Georg Trakl a Bertolt Brecht

Suele comúnmente aceptarse que la prehistoria del «expresionismo» (término, por otra parte, referido a fenómenos estéticos más o menos heterogéneos) se sitúa en el año 1905, fecha en que los pintores Ernst Ludwig Kirchner, Erich Heckel y Karl Schmidt-Rottluff fundaron en Dresde el grupo «Die Brücke» («El puente»). Simultáneamente, los «fauves» parisenses —Matisse, Vlaminck, Rouault, Van Dongen, Derain— iniciaban su

Trakl a Brecht» (1), recientemente publicada en castellano, analiza minuciosamente la prolongación del «expresionismo» a lo largo del período de entreguerras. Más aún: la literatura expresionista alemana logra precisamente sus ejemplos más representativos durante el período que va de 1920 a 1933, fecha en que Hitler asume poderes omnímodos.

El expresionismo literario se inicia en Alemania con Georg Trakl —heredero directo de un Rimbaud tamizado por el influjo romántico de Hofmannsthal— y culmina con la lírica de Bertolt Brecht («diario —según Muschg— de las pasiones deformadoras de la belleza»). Entre ambos, las figuras de la



Bertolt Brecht, en 1950.

acción contra el espíritu metódico de los neopresionistas. Seis años más tarde —coincidiendo con el apogeo de los manifiestos futuristas—, se presentaba en Múnich la primera exposición del grupo «Der blaue Reiter» («El jinete azul»), integrado, entre otros, por los pintores Kandinsky, Klee, Franz Marc y Kubin. El «expresionismo» había nacido oficialmente. Aún carecía de nombre propio. Pero el escritor Herwarth Walden, fundador de la revista «Der Sturm» («La tempestad»), se encargó de procurárselo.

Hay quienes consideran que el «expresionismo» tuvo vigencia hasta el término de la primera guerra mundial. Esta limitación cronológica es, sin embargo, inexacta. O puede, en todo caso, referirse únicamente a los aspectos plásticos del «expresionismo». Walter Muschg, en su obra «La literatura expresionista alemana: de

ver al mundo con su potentísima luz y alcanzarlo y destruirlo con sus puños, para ya no tenerse que ver a sí mismos». El advenimiento oficial del nazismo constituiría una sentencia de muerte para ese arte «degenerado» contra el que se desfogó «el resentimiento de la pequeña burguesía». El «expresionismo» literario murió violentamente. Y, sin embargo, «puede ser —como señala Walter Muschg— que los expresionistas hayan sido, por mucho tiempo, los últimos grandes escritores de Alemania. ■ S. R. SANTERBAS.

La fe contra el sistema

Este es el título explosivo de un libro sereno y nada demagógico, en el cual el autor, Alfredo Fierro, expresa en forma radicalmente creciente su pensamiento como creyente y teólogo acerca de la implicación política de la fe.

Su libro, aunque basado en una serie de artículos publicados en distintas épocas, mantiene una razonable unidad que permite una coherencia de pensamiento que resulta de gran interés.

El libro tiene una primera parte titulada «Fundamentos», en la cual se desarrollan los puntos de vista de principio para elaborar una posible teología política en nuestra época. En esta parte va el autor desde el tema de la caridad política hasta llegar a una postura bastante más profunda y radical, que se podría titular de «impugnación cristiana». Para ello pasa previamente por una teología del cambio social y de la revolución.

En la segunda parte, que titula «Debates», discute problemas que son más concretos; pero basándose en los principios que desarrolla en su primera parte.

El autor, tanto en el prólogo como a través del libro, intenta hacer comprender lo que sea una «Teología política». Y desde el primer momento habla de que esta calificación debe ser entendida en sentido amplio, incluso porque, con la misma razón, se podría hablar de «Teología social». Sin embargo, el

autor prefiere el término «política» para evitar que seamos todavía deudores de las antiguas posturas burguesas sobre la familia, la profesión y la propiedad.

Esta inclinación de la teología hacia la política llega incluso a desembocar en una cosa más profunda: la posible sustitución de la metafísica por la política como base de la reflexión de nuestra fe, porque siglos antes la base de esta reflexión estaba sólo en la metafísica, y ahora se produce este cambio. El autor únicamente subraya que lo mismo que la política, otras ciencias humanas podrían ser fundamento de nuestra reflexión de fe.

No está de más que advierta Fierro que la teología política está actualmente en sus comienzos de elaboración, y sobre todo debido a la inmadurez humana de los cristianos, que han carecido de una suficiente conciencia sociológica y psico-social. Ahora, en cambio, que tenemos más experiencia social-humana, es natural que nuestra fe reflexione sobre ello. Sin embargo, no olvidemos que esta reflexión actual es tardía, por un lado, y por otro, aún la mayor parte de las veces no ha superado la concepción clerical de la vida.

Fierro hace un esfuerzo, casi siempre logrado, para aclarar conceptos en la mente del cristiano y desear el clericalismo latente que existe siempre en el país.

Hay capítulos verdaderamente notables y originales, como es el estudio que hace de la política en San Pablo y su contraposición con la política del Evangelio. San Pablo fue un conservador, y Jesús no lo fue. De ahí muchos confusionismos frecuentes hasta ahora por no saber distinguir el fondo humano en que se asienta el Evangelio.

Termina el libro dedicando algunas páginas al problema de la Universidad, y al de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Su postura es abierta hacia una plena independencia, aunque todavía se muestra un poco tímido en cuanto a una situación plenamente civil, en donde las religiones no tuviesen ningún estatuto jurídico, específico y se acoplasen —como yo pienso— simplemente a

(1) «Doble vida y otros escritos autobiográficos», G. Benn. Barral.